

¿Desembarazarse de Marx?

Avatares del concepto de clases sociales

María Celia Duek y Graciela Inda *

Fuente: Conflicto Social, Año 2, n°1. junio 2009

http://www.iigg.fsoc.uba.ar/conflictosocial/revista/01/0103_duek-inda.pdf

Resumen

¿Es la teoría de Marx la expresión exclusiva de *su propio tiempo histórico* y no puede pretender explicar una época posterior?

Son muchas las voces que pregonan el agotamiento de los “antiguos” conceptos de clase y lucha de clases -en la medida en que serían incapaces de dar cuenta de las “nuevas” y “más complejas” realidades-, y la necesidad de suplantarlos por nuevas nociones. Frente a dicho menosprecio, en este trabajo se enfatiza el carácter primordial e insustituible del análisis en términos de clases y, en consecuencia, se retoma la discusión teórica en torno a este concepto. A través de sus páginas, se examinan las diferencias entre las dos grandes perspectivas teóricas sobre las clases sociales: la teoría marxista y el amplio abanico de la sociología académica.

Palabras clave: Clases sociales – lucha de clases – movimientos sociales – marxismo – funcionalismo

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales – Universidad Nacional de Cuyo

La irrupción teórica de las luchas sin clases

En las últimas dos o tres décadas las denominadas ciencias sociales se han visto caracterizadas fuertemente por el desplazamiento de sus conceptos fuertes, y en particular, del análisis en términos de clases y de lucha de clases, y el reemplazo por “nuevas” nociones, destinadas a explicar realidades presuntamente inéditas.

Desde nuestra perspectiva, esta pérdida de atractivo académico de los conceptos que otrora definían constitutivamente el análisis de lo social no obedece ni a la desaparición histórica de las clases y sus luchas, ni al agotamiento de la eficacia explicativa de las teorías de las clases. La explicación última de este viraje teórico debe buscarse en grandes transformaciones a nivel mundial y nacional (caída de los “socialismos reales”, agresiva avanzada militar norteamericana en el resto del mundo, dictaduras militares en América Latina en los setenta y auge de las políticas neoliberales durante los años noventa, etc.), que tienen su impacto en el terreno ideológico y que repercuten, por tanto, en el mundo académico y en el debate intelectual, pues las posiciones teóricas representan tendencias, posiciones, que tienen su origen en otro lado: en los antagonismos sociales. En este sentido, no pueden dejar de mencionarse como factores que contribuyen a explicar la caída en desuso de conceptos fundamentales, la hegemonía ideológica del neoliberalismo y, en el plano de las “ciencias sociales”, el abandono de la teoría y de los llamados “grandes relatos”, impulsado por el discurso posmoderno, indisputablemente dominante en los últimos quince años del siglo XX.

El lugar antes ocupado por los conceptos centrales del materialismo histórico (modo de producción, formación social, ideología, dominación, infraestructura económica, lucha de clases, etc.), e incluso por las categorías de la sociología académica que se le oponían (estratos, sistema social, adaptación, funciones sociales, status, poder, etc.) no ha quedado vacío. Aparecen nuevos términos que hegemonizan las investigaciones y debates en ciencia social: ciudadanía, movimientos sociales, sociedad civil, espacio público, pobreza, exclusión social, vulnerabilidad, nuevas desigualdades, cuestión social, nuevos actores o sujetos, condición humana, posmodernidad, sociedad mediática, etc.

Creemos que el advenimiento de nuevas nociones es indicador de la presencia de una nueva “problemática” teórica, una nueva matriz de preguntas que domina en la teoría social y se sitúa en una verdadera discontinuidad / oposición respecto de la problemática del marxismo. Esta nueva problemática teórica es, en el terreno específico del estudio de la estructura social, la de la integración y exclusión social y más recientemente, la de la “cohesión social”. Más allá de las diferentes terminologías empleadas, el supuesto fundante de este desplazamiento es que las sociedades actuales son radicalmente diferentes a las sociedades capitalistas del siglo XIX y siglo XX. Subyace la idea de que estamos ante un nuevo tipo de sociedad, más “compleja”, que ya no puede ser explicada por las antiguas categorías. Esta sociedad presentaría “múltiples” contradicciones, mayor “heterogeneidad” y “fragmentación” de los actores sociales y de los escenarios de conflicto, así como la aparición de fenómenos que no remitirían a las categorías antiguas de la explotación.

Contra el “determinismo” y “esencialismo” de los teóricos de las clases, aparece un posmarxismo que cuestiona el “reduccionismo clasista” y se fija en el surgimiento de reivindicaciones parciales y acotadas, articuladas en los “nuevos movimientos sociales”, precisamente definidos por el hecho de que sus bases y consignas trascienden los límites de las clases.

En el contexto de estas nuevas modas intelectuales, nos permitimos disentir y señalar que no se ha inventado aún un concepto para la explicación de la sociedad y la historia capaz de suplantar en su eficacia al multidimensional concepto de clases sociales.

Para que deje de ser pertinente el análisis de clase tendría que desaparecer, no sólo el capitalismo, con sus contradicciones de clase específicas, sino la división misma entre propiedad y no propiedad de los medios de producción, o lo que es lo mismo, el divorcio entre los trabajadores directos y los medios de producción. No cabe duda alguna de que el capitalismo no sólo sigue existiendo, sino que se ha expandido en forma prodigiosa en todo el mundo, sometiéndolo o disolviéndolo los otros tipos de relaciones sociales.

Esto no significa negar que las clases sociales y sus fracciones, así como las relaciones que mantienen entre sí, hayan sufrido transformaciones importantes en las últimas décadas y que estas transformaciones ameriten profundas investigaciones y análisis concretos de formaciones sociales también concretas. Sucede que los cambios en las condiciones de vida o en los ingresos de los miembros de las diferentes clases o los que afectan la importancia numérica de las mismas o los refe-

rentes a sus posiciones en las relaciones de fuerza, son procesos que afectan a las clases sociales, pero de ninguna manera desmienten su existencia. Como se pregunta Balibar, “(...) no será una gigantesca impostura proclamar así la desaparición de las clases en un momento (los años setenta y ochenta) y en un lugar (la crisis económica mundial, comparada por los economistas con la crisis de los años treinta) en los que se observan una serie de fenómenos sociales que el marxismo relaciona con la explotación y la lucha de clases: empobrecimiento masivo, paro, desindustrialización acelerada (...)”.¹

En relación a la problemática de los movimientos sociales, es preciso preguntarse seriamente si los llamados “nuevos movimientos sociales” vienen a dar por tierra, como presumen algunos, con las contradicciones de clase. ¿No será que las “identidades blandas” (de género, de raza, generacionales, religiosas, etc.) no sustituyen a las “viejas” identidades (de clase, nacionales) sino que coexisten? Lo que es cuestionable de los enfoques actuales no es la atención prestada a los “nuevos sujetos” o nuevos agentes sino el hecho de que se los coloque como eje exclusivo del análisis social y político, expulsando totalmente la categoría de lucha de clases, con lo cual esos enfoques caen recurrentemente en posiciones idealistas que acentúan lo hermenéutico discursivo en desmedro de las condiciones materiales.

No es entonces que no existan desigualdades específicas y concentradas en determinados conjuntos de agentes sociales (mujeres, jóvenes, minorías raciales, etc.), distintas de las de-

¹ Balibar, E. y Wallerstein, E. (1988). *Raza, nación y clase*. Madrid: IE-PALA. Pág. 245.

sigualdades de clase, ni que esas desigualdades sean menos opresivas para quienes las padecen. La división en clases no es el terreno exhaustivo de constitución de todo poder: las relaciones de poder desbordan a las relaciones de clase. No son su simple consecuencia ni tienen formas idénticas. Pero lo que es cierto es que tales desigualdades o tales relaciones de poder -las relaciones hombre/ mujer, por ejemplo-, sin perder su especificidad, están atravesadas por la división en clases. La posición de subordinación de la mujer en la clase obrera no se equipara sin más a la de la mujer en la clase burguesa. Pero además, y como dice Atilio Borón, en la sociedad capitalista las desigualdades clasistas tienen un predominio indiscutido sobre cualquier otra, “porque en el límite el capitalismo podría llegar a admitir la absoluta igualdad social en materia de raza, lengua, religión o género, pero no puede hacer lo propio con las clases sociales. La igualación de las clases significa el fin de la sociedad de clases. Por consiguiente, la estructura clasista cristaliza un tipo especial de desigualdad cuya abolición produciría el inmediato derrumbe de las fuerzas mismas de poder económico, social y político de la clase dominante. Tal como lo anotara Ellen Meiksins Wood, el capitalismo puede admitir y promover el “florecimiento de la sociedad civil” y las más irrestrictas expresiones de ‘la otredad’ o ‘lo diferente’, como gustan plantear los posmodernos. Pero hay una desigualdad que es un tabú intocable, y que no se puede atacar: la desigualdad de clases. Los posmodernos y los neoliberales son verdaderos campeones en la lucha por la igualdad en todas las esferas de la vida social, menos en el espinoso terreno de las clases sociales, ante las cuales guardan un cóm-

plice silencio”²

Hay que decir también que, afortunadamente, en los últimos cinco a diez años han comenzado a sentirse en diversos circuitos intelectuales algunas voces que dan cuenta de una cierta recuperación de estas herramientas explicativas fuertes. La desilusión en Latinoamérica respecto de los regímenes liberales y el retorno de gobiernos nacional-populares en varios de sus países constituye el trasfondo político de este rescate conceptual (aún extremadamente débil).

Junto a estas voces que resisten el menosprecio del análisis de la estructura social en términos de clases y lucha de clases, y en la medida en que lo consideramos valioso e insustituible, creemos oportuno revivir la discusión teórica en torno a estos conceptos.

En lo que sigue, nos proponemos analizar las diferencias entre las que consideramos las dos grandes perspectivas teóricas sobre las clases sociales: la teoría marxista (y aquí tomamos cierto recorrido teórico que avanza desde Marx, Engels, Lenin hasta Nicos Poulantzas) y el amplio espectro de la sociología académica (en el que inscribimos a Pareto, Schumpeter, Weber, Parsons, Davis y Moore, Barber, Lenski, Dahrendorf y Bourdieu, entre otros). A los desarrollos de estos autores de inspiración weberiana o parsoniana los agruparemos bajo la denominación amplia y no poco conflictiva de teorías “funcionalistas” de las clases.³ Aunque no de manera abierta ni

² Borón, A. (2000). *Tras el búho de minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica. Pág. 46.

³ Al decir teorías “funcionalistas” de las clases no estamos usando el tér-

explícita, en esta segunda corriente, paradójicamente, hunden sus raíces muchos de los pretendidamente nuevos paradigmas teóricos.

Lejos de todo eclecticismo, partimos de la tesis de la discontinuidad cualitativa entre los dos grandes enfoques mencionados. Mostrar esta diferencia irreductible, al menos en algunos puntos esenciales, es el objeto de este trabajo. Naturalmente, recurriremos a la “generalización” para poder comparar. Diremos “el marxismo” o “la sociología académica”, refiriéndonos a tendencias que dominan, a representaciones que son mayoritarias, sin entrar en cada punto en las consideraciones de los autores particulares, que obviamente pueden tener ciertas divergencias.⁴

Teoría marxista de las clases versus sociologías de la estratificación

Evidentemente desde ambos discursos se admite que las sociedades no son homogéneas sino que se presentan divididas

mino en el sentido tradicional estrecho, que lo restringe a una corriente teórica muy específica (estructural-funcionalismo) que reconoce su origen en el positivismo, el evolucionismo o la antropología organicista (Malinowski, Spencer, Comte, Radcliffe-Brown). Por el contrario, al hablar de problemática “funcionalista” de las clases sociales concebimos el término en un sentido mucho más amplio, que es el que sugiere Nicole Laurin-Frenette, y que implica incluir a un conjunto de teorías que están fundadas sobre los mismos postulados relativos a la naturaleza del individuo y de la sociedad, independientemente de que sus autores se reconozcan o no como parte de esa tradición (para más detalle, véase Laurin-Frenette, N. 1989. Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Madrid: Siglo veintiuno editores).

⁴ Un estudio detallado de las concepciones de cada autor lo hemos realizado en otra parte. Véase Duek, C. (2005). Clases sociales. Teoría marxista y teorías funcionalistas. Buenos Aires: Libronauta Argentina.

en clases sociales o estratos, y es esta división la que tratan de explicar. Pero desde el concepto de clase en adelante, todo difiere. ¿Cómo se define la clase?

O también, ¿qué es lo que determina que los agentes pertenezcan a una clase y no a otra?

La respuesta marxista no contiene ambigüedades: son las relaciones de producción las que constituyen el fundamento de la división. Las clases son definidas como conjuntos de agentes determinados principalmente por su lugar en el proceso de producción -aunque no en forma exclusiva, ya que lo político y lo ideológico juegan igualmente un papel muy importante-.

Del lado de las teorías “funcionalistas” tenemos en cada autor una definición del concepto en términos propios -lo que no significa necesariamente contenidos diferentes-, pero lo que es evidente es que todos rechazan la definición materialista de las clases por las relaciones de producción, en última instancia por la relación de los agentes con los medios de producción.

En tanto para el marxismo las relaciones de producción son fundamentales en la determinación de las clases, ciertos teóricos no marxistas intentan sustituir las relaciones de producción por relaciones de dominación como causa determinante de las clases sociales. Así, en sus enfoques, es la participación en el “dominio”, “autoridad” o “poder” en las instituciones autoritarias lo que funda las clases. El caso de Ralf Dahrendorf, por citar alguno, es paradigmático al respecto. Su propósito es tratar de rebasar una concepción “economicista” de las clases sociales, al proponer que éstas se fundan en la distribución global del poder en todos los niveles en el interior de las sociedades “autoritarias”, siendo las clases “económicas” sólo

un tipo particular de clases.

“Las estructuras de autoridad o dominación tanto si se trata de sociedades completas como, dentro de éstas, de determinados ámbitos institucionales (p. ej., la industria), constituyen, dentro de la teoría aquí representada, la causa determinante de la constitución de las clases y de los conflictos de clase. [...] El control de los medios de producción constituye tan sólo un caso particular de dominación y su conexión con la propiedad privada legal, un fenómeno, en principio casual, de las sociedades industrializadas europeas. Las clases no están vinculadas a la propiedad privada, a la industria o a la economía, sino que, como elementos estructurales y factores causantes de los cambios de estructura, lo están a su causa determinante: al dominio y a la distribución de éste. Sobre la base de un concepto de clase, definido en función de las situaciones de dominio o autoridad, puede formularse una teoría que abarque tanto los hechos descritos por Marx relativos a una realidad pretérita, como los relacionados con la realidad evolucionada de las sociedades industriales desarrolladas”.⁵

En los análisis marxistas, a diferencia de las concepciones institucionalistas, el concepto de poder se refiere a la capacidad de una clase para realizar intereses objetivos específicos. Es decir que este concepto se relaciona con el campo de las prácticas de “clase” y tiene como marco de referencia la lucha de clases en una sociedad dividida en clases. La relación de poder es aquí una relación de dominio y subordinación caracterizada por el conflicto de clases, donde la capacidad de una

⁵ Dahrendorf, R. (1962). Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial. Madrid: Ediciones Rialp. Pág. 180.

clase para realizar sus intereses está en oposición a la capacidad e intereses de otras clases.

Otros representantes de la sociología académica, derivan las clases de las diferencias de status. Ahora bien, ya sea que dependan de la desigual distribución del poder o de la desigual distribución del status, lo que está detrás de las desigualdades de clase en la problemática “funcionalista” son siempre -si se lleva el análisis hasta sus últimas consecuencias- las diferencias individuales de atributos, aptitudes, disposiciones, orientaciones, intereses. Es el valor personal expresado en las cualidades y logros lo que en definitiva decide el lugar del individuo en la estratificación social.

Toda esta representación es indisociable de la del mérito como criterio determinante para la ordenación social. Las relaciones sociales son, desde esta perspectiva, relaciones de competencia en las que triunfan los mejores, es decir, los que por su esfuerzo, voluntad y lucha, resultan ser los más competentes para actualizar sus cualidades. La sociedad reconoce el mérito de estos individuos, que pasan así a ocupar posiciones distinguidas.

Pese a ser fundamental, este importante principio de la problemática “funcionalista” de las clases rara vez aparece expresado sin tapujos. Vilfredo Pareto y Joseph Schumpeter son de los pocos que se atreven a enunciarlo con todas sus letras.

En Schumpeter, la consideración de factores subjetivos (disposiciones y comportamientos de los individuos) es esencial para la comprensión del éxito y del fracaso económicos y de la movilidad social ascendente y descendente. Las posiciones de clase de las familias, así como los cambios que experimen-

tan, se explican primordialmente por las aptitudes y conductas de sus miembros. Así por ejemplo, la disposición para ahorrar, la aptitud para el liderazgo o la capacidad de innovación -entendidas como virtudes de sus integrantes- serían causas importantes de la posición aventajada de algunas dinastías económicas.⁶

Esta es una primera diferencia importante en la conceptualización de las clases desde una y otra posición teórica. De un lado, un punto de vista materialista y antihumanista teórico que destaca la base económica material de la división de la sociedad en clases. De otro, un enfoque individualista y humanista que remite todo hecho social a la acción individual. Veámoslo un poco más de cerca.

El materialismo histórico afirma la existencia de lugares objetivos en el proceso de producción y en la división social del trabajo en su conjunto, es decir, lugares objetivos en las relaciones económicas, políticas e ideológicas que son ocupados por los agentes, independientemente de su voluntad. Los hombres participan y actúan en estas relaciones, pero no lo hacen como “sujetos en un contrato libre” sino en tanto prisioneros de esta relación. Según Marx, los hombres son “portadores” de una función, “soportes” de una relación en el proceso de producción.⁷ En esto anida su “antihumanismo teórico”.

⁶ Véase Schumpeter, J. (1965). *Imperialismo. Clases sociales*. Madrid: Editorial Tecnos.

⁷ Al respecto, recuérdese la advertencia hecha en el prólogo de *El capital*: “En esta obra, las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas, ni mucho menos, de color de rosa. Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las personas en cuanto personificación de categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones

Se puede decir que en el proceso de conocimiento que caracteriza a la teoría marxista, el individuo se encuentra “al final del camino” y nunca es la instancia determinante. La posición no humanista de Marx consiste justamente en este rechazo a fundar en el concepto de “hombre” la explicación de las formaciones sociales y su historia.

En el aparato conceptual “funcionalista”, por el contrario, la categoría de individuo o de actor tiene una importancia preponderante. De hecho, estas teorías parten de la naturaleza individual del actor para explicar la acción social, y a través de ésta, el hecho social. Más allá de todos los rodeos y mediaciones, la desigualdad social o estratificación es producto de desigualdades originales entre los individuos o actores.

“Así, pues, la desigualdad social (económica, política o de otro tipo) nunca es concebida como la condición y el resultado de prácticas colectivas, determinados por la naturaleza de los procesos sociales capitalistas y encadenados a la explotación, la dominación y la opresión que ellos mismos implican. Es concebida, por el contrario, del mismo modo que todo hecho social: como una necesidad inscrita en la naturaleza humana, como una contribución a la armonía esencial entre el individuo, por un lado, y la sociedad como sistema de relaciones racionales entre estas individualidades, necesarias para su

de clase. Quien como yo concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas” (Marx, C. (1982). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. México: Fondo de cultura económica. Pág. XV).

respectiva realización, por otro”.⁸

Pero no disponemos de espacio para explayarnos en cuanto al humanismo de esta sociología de la acción. Lo que importa retener es que se vislumbra en este aspecto de las teorías de las clases una verdadera contraposición entre esta problemática y la marxista.

Los distintos criterios para la determinación de las clases se corresponden a su vez con diferentes figuras o formas de representación espacial de la estructura de clases.

En el “funcionalismo” la estratificación social expresa la desigual distribución de una propiedad cuantificable -poder, capital, status, prestigio-, por lo tanto se puede representar gráficamente como una escala continua e ininterrumpida de posiciones individuales, ordenadas jerárquicamente según el grado en que se posea ese atributo, desde los niveles inferiores hasta los superiores. Los “estratos” -término exclusivo de la problemática “funcionalista” de las clases- designan la agrupación de individuos en posiciones cercanas, según límites aportados de manera relativamente arbitraria por el propio científico que estudia el fenómeno. La estratificación social es, en síntesis, una jerarquía gradual en la que los sujetos particulares se alinean, situándose en escalones superiores o inferiores según la magnitud de su poder o de su prestigio.

Luego, la reunión en clases de los hombres en condiciones similares es una división analítica, una construcción en base a algún criterio o conjunto de criterios. Esto significa que los

⁸ Laurin-Frenette, N. (1989). Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Madrid: Siglo veintiuno editores. Pág. 8.

individuos son previos a las clases y éstas no son más que conglomerados de individuos. Las clases resultantes del análisis pueden ser, en cantidad, infinitas, según la pauta empleada. Hasta podría haber tantas clases como individuos.

Finalmente, la imagen de una línea gradual ascendente o la imagen alternativa pero no contradictoria de una pirámide, autorizan a pensar en términos de clases “altas”, “medias” y “bajas”, o bien “superiores”, “medias” e “inferiores”.

Entonces, en la literatura de la estratificación social, las clases terminan siendo, muchas veces, simples categorías estadísticas: series de personas que tienen en común ciertas características mensurables, cierta posición social. Este es el sentido del concepto de clases sociales en esta corriente sociológica: agrupaciones de personas cercanas aunque distintas, jerarquizadas en un sistema de estratificación. Clases, estratos y capas suelen ser términos intercambiables.

En el pensamiento marxista todo esto es por completo distinto. El término “estratificación” no es aceptado como sinónimo de estructura de clases; no forma parte del sistema conceptual marxista. Las clases tampoco son estratos o capas superpuestas; no integran un continuum que haría desaparecer las barreras de clase en su sentido fuerte.

En contraste con la figura de la escala continua, la representación marxista de la estructura de clases es la de un sistema constituido por lugares antagónicos y contradictorios. En el modo de producción, nivel de máxima abstracción, estos lugares son dos: el de la propiedad de los medios de producción y

el del trabajo. En función de las relaciones de producción (relación de los agentes con los medios y por este rodeo, de los hombres entre ellos), las dos clases antagónicas de todo modo de producción son: la clase explotadora, política e ideológicamente dominante, y la clase explotada, política e ideológicamente dominada.

Como se puede ver, es la contradicción la que domina; las relaciones de clase se definen por la contradicción. Las diferencias de clase no son diferencias de grado, diferencias cuantitativas o de magnitud respecto de alguna variable. No se trata del ordenamiento de unidades individuales en torno a una línea ininterrumpida, que expresaría diferentes grados de éxito en la obtención de un mismo bien escaso. Se trata en cambio de lugares cualitativamente diferentes, constituidos unos en oposición a los otros y condicionados recíprocamente.

En el modo de producción capitalista, por ejemplo, la existencia de un lado de una clase que no posee más que su capacidad de trabajo, es condición para la acumulación de capital en otro lado, es decir, para la existencia de la clase burguesa. Y es que para la teoría marxista, las clases no existen por sí mismas sino que se definen por las relaciones que se establecen entre ellas, lo que significa además que es la lucha de clases la que determina la existencia de las clases y no a la inversa.

“Las clases sociales significan para el marxismo, en un único y mismo movimiento, contradicciones y lucha de clases: las clases sociales no existen primero, como tales, para entrar después en la lucha de clases, lo que haría suponer que existen clases sin lucha de clases. Las clases sociales cubren prácticas de clase, es decir la lucha de clases, y no se dan sino en su

oposición”.⁹

Sintetizando, hay una ruptura entre ambas representaciones. Si para el “funcionalismo” las clases son conglomerados de individuos, agrupaciones de personas, para el materialismo histórico el aspecto principal en la cuestión de las clases es el de los lugares en la lucha de clases, no el de los agentes que las componen. El individuo no es la base sobre la que se forman las clases.

La idea de que los hombres existen primero como “simples individuos”, y sólo entonces se coaligan en clases (considerando a éstas como una formación secundaria) no es aceptada por el marxismo. Para esta teoría, la sociedad no es en principio un conglomerado de individuos que, en un segundo momento, se pueden reagrupar en clases, las cuales a su vez, en un tercer momento y bajo ciertas condiciones particulares, pueden establecer luchas.

La sucesión lógica ‘individuos → clases → conflicto de clases’, que subyace a la aproximación “funcionalista”, no es compatible con la problemática antihumanista de Marx y sus sucesores. Ni el individuo es previo a las clases ni éstas anteceden a la lucha de clases. En relación a lo primero, convenimos que:

“Desde el punto de vista del marxismo, los hombres siempre actúan de acuerdo a las relaciones antagónicas de clase que rigen su existencia. Históricamente, siempre se mueven, no en su individualidad profunda y única, sino debido ‘al conjunto

⁹ Poulantzas, Nicos. “Las clases sociales en el capitalismo actual”. Pág. 12-13.

de las relaciones sociales’, esto es, como apoyos de las relaciones de clase. Es esta prefiguración la que produce, bajo condiciones específicas, como resultado, un tipo específico de individualidad: el individuo posesivo propio de la teoría política burguesa, el individuo con muchas necesidades de una sociedad mercantil; el individuo contractual de la sociedad del ‘trabajo libre’. Fuera de estas relaciones, el individuo -este ‘Robinson Crusoe’ de la economía política clásica, autosuficiente en un mundo considerado exclusivamente desde el punto de vista de ‘sus’ necesidades y deseos- que ha sido el punto de origen natural, ahistórico, de la teoría y la sociedad burguesas, de ninguna manera es un punto de partida teórico factible. Sólo es el ‘producto de muchas determinaciones’”.¹⁰

Pero si los individuos no son la base sobre la que se conforman las clases, tampoco puede admitirse que clases sociales existen primero, como tales, para entrar después en la lucha de clases.

Mientras que para el marxismo clases significa ineluctablemente contradicciones y lucha de clases, todo el pensamiento no marxista tiende a escindir o a mostrar la relación contingente entre estas categorías. Distingue las clases, por un lado, y la lucha de clases, por otro, dando a menudo primacía lógica o histórica a las clases antes que a la lucha.

La introducción de diversos pares conceptuales con los que se divide a la clase en una doble situación (clases y comunidades en Weber, cuasi-grupo y grupo de interés en Dahrendorf, es-

¹⁰ Hall, S. (1981). “Lo ‘político’ y lo ‘económico’ en la teoría marxista de las clases” en Allen, Garadiner Hall y otros. Clases y estructura de clases. México: Nuestro Tiempo. Pág. 29-30.

trato y clase en Aron, clase en el papel y clase real en Bourdieu, etc., y por qué no, clase en sí y clase para sí)¹¹ es una de las herramientas para esta disección. En todos los casos, el primer término designaría a un grupo de individuos en una situación común y en el segundo término estaría implicada la idea de una acción de clase, de reivindicaciones, organización y por lo tanto, de lucha. Lo que da a entender, y esto es lo sustancial, que existirían clases sin lucha de clases.

“ [...] Ellos piensan primero en la existencia de las clases y la lucha de clases viene a continuación, como un efecto secundario, derivado, más o menos contingente a la existencia de las clases y de sus relaciones [...] Pero lo interesante son las consecuencias políticas de esta concepción. Si la lucha de clases es un efecto derivado, más o menos contingente, siempre se puede hallar el medio para dominarla, tratándola con los medios apropiados: esos medios son las formas históricas con los métodos capitalistas de la ‘participación’ obrera en su propia explotación”.¹²

Aquí podemos mencionar la concepción de las clases de Pierre Bourdieu, orientada por la intención expresa de establecer “rupturas” con la teoría marxista. Según su modo de definir las, las clases son “[...] conjuntos de agentes que ocupan posiciones semejantes y que, situados en condiciones semejantes

¹¹ Como lo hemos analizado en otro lado, la distinción entre clase en sí y clase para sí halla su fuente en algunas reflexiones del propio Marx, muy anteriores a *El capital*, y desde Lukács en adelante ha sido retomada por algunos “marxistas”, así como por autores no marxistas que la reformularon en otros términos. (Véase Duek, C. e Inda, G. (2007). “Lectura de Marx: tras el concepto de clases sociales”. *Revista Confluencia*. N° 6, pág. 239 a 266. Mendoza).

¹² 12 Althusser, L. (1978). *Nuevos escritos*. Barcelona: Laia. Pág. 29.

y sometidos a condicionamientos semejantes, tienen todas las probabilidades de tener disposiciones e intereses semejantes y de producir, por lo tanto, prácticas y tomas de posición semejantes”.¹³ Pero como las disposiciones y conductas que las convertirían en un verdadero grupo existen sólo como “probabilidades” -dice- debemos denominar a éstas no clases reales sino clases probables, clases teóricas o clases en el papel.

En sentido estricto, para Bourdieu, una clase sólo tiene existencia real si conforma un grupo con iniciativa de acción conjunta, un grupo movilizadado para la lucha, con auto-conciencia, organización propia, aparato y portavoz. Mientras esto no suceda, aquellas sólo son clases probables, grupos prácticos “en potencia”. Según Bourdieu, la “reificación de los conceptos” o “ilusión intelectualista”, que supone confundir las clases “construidas teóricamente” (agrupaciones ficticias que sólo existen en la hoja de papel) con clases “reales”, es decir, existentes en las sociedades concretas, representa un error frecuente entre los teóricos marxistas.

Pero apuntemos que, al circunscribir el interés de clase y las prácticas de clase al terreno de lo “probable”, de lo “posible” y de lo “potencial”, el razonamiento, ya ensayado por Weber mucho tiempo antes, conduce a relativizar el valor del análisis de la sociedad y la historia en términos de “clases” y de “lucha de clases”.

Para ponerlo en claro, mientras que para el marxismo, todas las sociedades que hemos conocido desde la Antigüedad hasta

¹³ Bourdieu, P. (1990). “Espacio social y génesis de las ‘clases’”. En P. Bourdieu, Sociología y cultura. México: Editorial Grijalbo. Pág. 284.

ahora han sido sociedades de clase, y es un factor objetivo el que las define como tales (la separación entre los productores y los medios de producción), para Bourdieu, la clase ‘real’, “suponiendo que haya existido ‘realmente’ alguna vez”, tan sólo es la clase movilizadora.

“Las clases sociales no existen (aún cuando la labor política orientada por la teoría de Marx haya podido contribuir en algunos casos, a hacerlas existir por lo menos a través de las instancias de movilización y de los mandatarios). Lo que existe es un espacio social, un espacio de diferencias, en el que las clases existen en cierto modo en estado virtual, en punteado, no como algo dado sino como algo que se trata de construir”.¹⁴

Entonces, para sintetizar, si para el marxismo las clases no se dan sino en su oposición, y es la lucha de clases, con sus efectos históricos y sus tendencias, la que determina la existencia de las clases y no a la inversa, para la sociología académica, en cambio, el conflicto de clases es una consecuencia posible de la división en clases.

Como expone Etienne Balibar, los sociólogos “[...] buscan, todos ellos, una definición de las clases antes de llegar al análisis de la lucha de clases. Notemos que, en la práctica, este punto de partida corresponde exactamente a la tendencia fundamental de la ideología burguesa que intenta mostrar que la división de la sociedad en clases es eterna, pero no así su antagonismo; o también que éste no es sino un comportamiento

¹⁴ Bourdieu, P. (1999). “Espacio social y espacio simbólico”. En P. Bourdieu, “Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción”. Editorial Anagrama. Barcelona. 1999. Pág. 24-25.

particular de las clases sociales, ligado a circunstancias históricas (el siglo XIX...), ideológicas (la influencia del comunismo...) y transitorias, un comportamiento al lado del cual es posible imaginar y practicar otros (la conciliación)".¹⁵

En efecto, esta concepción está presente en la caracterización que de las sociedades "avanzadas" hace la sociología académica. En este tipo de sociedades -según el diagnóstico de muchos pensadores- se deja entrever una desaparición de los antagonismos de clase, o bien -en un lenguaje más moderado- una atenuación del conflicto de clase (a nuestro entender, clases sin lucha de clases). Esto es causado por la acentuada movilidad social ascendente que caracteriza a los sistemas occidentales y delinea un tipo de organización social cada vez más igualitaria. Pareciera que el "paso" de una clase a otra ha sustituido los "conflictos" entre las clases (de ahí la importancia otorgada al fenómeno de la movilidad social en la literatura de la estratificación).

Dahrendorf, por citar uno de los casos más ilustrativo, considera que la realidad actual (siglo XX), con sus nuevas determinaciones, no puede ser explicada por la teoría de las clases tal como Marx la formuló en el siglo XIX. La concepción marxista, apropiada para el siglo pasado, no corresponde ya a la sociedad moderna.

Según su examen, el conflicto de clases se ha atenuado, disminuyendo su intensidad y su violencia;¹⁶ la contradicción

¹⁵ Balibar, E. (1984). Cinco ensayos de materialismo histórico. México: Distribuciones Fontamara. Pág. 49.

¹⁶ Dahrendorf, R. (1966). Sociedad y libertad. Hacia un análisis sociológico de la actualidad. Madrid: Editorial Tecnos.

capital / trabajo ha quedado confinada a su campo particular como resultado del aislamiento institucional de la industria;¹⁷ y las clases se han vuelto muy heterogéneas y complejas; todo lo cual torna cuestionable la utilidad del concepto de clase, en el sentido marxista, para dar cuenta de los conflictos de la sociedad poscapitalista.

Es sorprendente ver cómo aquellas tesis, formuladas por Dahrendorf ya desde fines de los años 50, han constituido una muy importante fuente de inspiración para toda la corriente del pensamiento actual de la que hablamos al inicio de este trabajo, que promueve el abandono de las antiguas categorías “duras” (clases, lucha de clases, etc.) y fomenta el desplazamiento del interés teórico hacia otro tipo de problemas, más acordes a la “nueva” realidad.

Volviendo a nuestra contrastación, para el enfoque marxista, ni en las formaciones sociales dominadas y dependientes ni en las metrópolis imperialistas, ha desaparecido la lucha de clases, en tanto no desaparece la explotación de unas clases por otras (persiste la lucha concreta en el seno de cada formación social, pero también las relaciones de las clases de una formación con las de otras formaciones).

De modo que la especificidad de la teoría marxista de las

¹⁷ “El ‘antiguo’ conflicto de clases existe aún, mas su acción ha quedado restringida a la esfera institucional de la industria. Fuera de la industria, en la sociedad, la ‘burguesía’ y el ‘proletariado’ en el sentido marxista sólo constituyen una mera prolongación de las clases industriales, ‘capital’ y ‘trabajo a salario’, y no los sujetos del conflicto social en el sentido de la teoría de las clases” (Dahrendorf, R. (1962). *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: Ediciones Rialp. Pág. 302).

clases se corrobora también en este punto: el análisis histórico de las clases no es para ella más que el análisis de la lucha de clases.

Por otro lado, al no representarse la estructura de clases como una escala gradual y continua de posiciones, el marxismo desecha la nomenclatura de clases “alta”, “media”, “baja”. Estas palabras expresan las categorías de una jerarquía ordinal (orden según el grado en que se posee una característica), que para nada se ajusta a la imagen marxista de la estructura de lugares antagónicos. Además, para esta teoría, las clases no existen más que en formaciones sociales históricamente determinadas. Las estudia no de manera abstracta, en el vacío, sino siempre en relación a determinadas condiciones histórico-sociales, siempre situadas en uno u otro modo de producción.

“[...] La existencia de las clases está vinculada únicamente a fases particulares, históricas, del desarrollo de la producción [...]”,¹⁸ dice Marx en su carta a Weydemeyer del 5 de marzo de 1852. Es decir, están ligadas a ciertas relaciones de producción (por ejemplo, a las relaciones capitalistas), y en este sentido se puede decir que tienen una existencia histórica.

La burguesía y el proletariado son clases que corresponden a una etapa particular de la historia, así como también lo son los amos y los esclavos o los señores feudales y los siervos. Desde el enfoque del materialismo histórico no hay -como pretenden los sociólogos de la estratificación- clases universales y ahistóricas, presentes en todas las sociedades y en todas las

¹⁸ 18 Marx, C. y Engels, F. (1972). Correspondencia. Buenos Aires: Editorial Cartago. Pág. 56-57.

épocas, que podrían designarse con los rótulos de clase alta, media y baja, o de clases superiores e inferiores.

Pero no sólo eso. Además de pensar el carácter histórico de las distintas clases, la teoría de Marx desmiente la idea de que todas las sociedades que han existido y que vayan a existir en la historia sean indefectiblemente sociedades de clase. Si para los “funcionalistas” la división en clases es un fenómeno funcional y universal, que responde a una necesidad de los sistemas sociales, y por lo tanto, toda sociedad es una sociedad clasista, para Marx, la existencia de las clases está vinculada únicamente a fases particulares del desarrollo de la producción, y es imaginable que en algún momento se llegue a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases.

Desde el punto de vista de la sociología no marxista, esta pretensión es completamente quimérica. Parsons, entre otros, sostiene que la estratificación y división de clases son inherentes a toda sociedad industrial, ya sea ésta capitalista o socialista, puesto que en ella están presentes la organización en gran escala y la diferenciación ocupacional de roles, así como el sistema familiar. Este enfoque tiende a considerar al industrialismo capitalista y al socialista como variantes de un único tipo fundamental, y no como estadios radicalmente distintos como pretendiera Marx en el siglo XIX.

“El ideal marxista de una sociedad sin clases es, según toda probabilidad, utópico, sobre todo en tanto se mantenga un sistema familiar, aunque también por otras razones. Las diferencias entre las sociedades capitalistas y las socialistas, en particular con respecto a la estratificación, no son tan grandes

como Marx y Engels lo pensaron”.¹⁹

Señalemos para ser justos, y como el propio Parsons lo advirtiera,²⁰ que esta valoración ya había sido hecha por Weber en tiempos de la revolución rusa.

En su conferencia sobre El socialismo, el sociólogo alemán postula que la estructura burocrática, con su cuerpo de funcionarios a sueldo y su especialización profesional cada vez más intensa, es inevitable en el Estado moderno, independientemente de su carácter capitalista o socialista. Y lo mismo sucede con la economía.²¹ El “socialismo del futuro”, entonces, en la medida en que está destinado a seguir la senda de la burocratización, no podría eliminar las desigualdades entre individuos y clases ni la dominación del hombre sobre el hombre.

Finalmente, el marxismo tampoco comparte la concepción de la división en clases como división puramente “analítica”, o lo que es equivalente, la concepción de las clases como meros “artefactos teóricos”, obtenidos por un corte arbitrario en el continuo indiferenciado del mundo social. Las clases existen realmente (aunque no como cosas o sustancias -partes o subconjuntos de la sociedad- que acto seguido entrarían en lucha). No son -como pretenden algunos sociólogos conserva-

¹⁹ Parsons, T. (1959). “Clases sociales y lucha de clases a la luz de la teoría sociológica actual”. En Parsons, T. Kornhauser, Lipset y Bendix. Estratificación social. Buenos Aires: Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología, Nº 15. Pág. 173.

²⁰ Parsons, T. (1968). La estructura de la acción social II. Madrid: Ediciones Guadarrama. Pág. 631

²¹ Weber, M. (2003). “El socialismo” en M. Weber, Obras selectas. Buenos Aires: Distal.

dores empeñados en demostrar que las clases no existen- construcciones arbitrarias de los científicos, colecciones de individuos reunidos por necesidades de la teoría según uno o varios criterios (perspectiva conocida como “constructivista” o definición “nominal” de las clases).

Otro de los puntos esenciales de diferencia entre la teoría marxista de las clases y las diversas teorías de la estratificación social es que, mientras que para aquella la división en clases lo es todo, para éstas (o para la mayoría de éstas) dicha división es sólo una de las clasificaciones posibles.

Desde esta última perspectiva, la sociedad comprende varios sistemas de estratificación claramente distintos, “múltiples jerarquías independientes”, correspondientes a diversas dimensiones. Las clases son, junto a otras divisiones, una subdivisión parcial y regional de una estratificación más general.

El modelo weberiano de estratificación tridimensional es ejemplar al respecto. Para Weber, las clases no son la única forma de abordar la división de la sociedad. Junto a esa distribución -que cubre sólo la dimensión económica- se halla de manera superpuesta la división en estamentos (que cubre la dimensión social) y la división en partidos (dimensión política).²²

Con este modelo Weber “autonomiza” las esferas económica, social y política y rechaza la posibilidad de adjudicar a una de ellas la determinación en última instancia: el hecho de que uno de los órdenes condicione a otro depende siempre de la

²² Weber, M. (1999). *Economía y Sociedad*. Esbozo de sociología comprensiva. México: Fondo de cultura económica. Pág. 682 a 694.

coyuntura histórica, y todas las relaciones son en teoría igualmente probables. El efecto necesario de esta argumentación es una relativización de la importancia primordial otorgada por la teoría marxista a la división de la sociedad en clases.

A partir de este principio, anclado en la independencia y equiparación de los distintos órdenes sociales, Weber inaugura una representación de las desigualdades sociales que va a atravesar los dispositivos teóricos de muchos de los más destacados representantes de la sociología académica del siglo XX, que construyen sus sistemas sobre la base de tal supuesto. En estas teorías, generalmente, la división en clases depende de criterios económicos, descubriéndose en las relaciones políticas e ideológicas, grupos paralelos y externos a las clases: elites políticas, grupos de status, etc. Consiguientemente, se suele atribuir a estos grupos un papel más importante en la sociedad que a las clases sociales. En algunos estudios se afirma que la clase no es más que un aspecto que está perdiendo su importancia en la sociedad moderna en beneficio de otros elementos de la estratificación social.

Como dice Juan Carlos Portantiero respecto de Weber: “El conflicto entre clases sería para él sólo uno de los conflictos posibles en el mundo moderno pero no necesariamente más importante que los que tienen lugar entre grupos políticos o entre naciones. El capitalismo moderno configura un tipo de dominación cuya explicación no se agota en la dimensión que alude a la propiedad sobre los medios de producción. El proceso de expropiación de los trabajadores libres, señalado por Marx, no se limita al campo de la producción sino que engloba la totalidad de los órdenes institucionales: en todos ellos se

opera una ‘separación’ entre agentes y medios”.²³

En definitiva, lo que se hace en la literatura no marxista al concebir de esa manera singular a los grupos sociales, multiplicando e igualando los criterios de diferenciación, es diluir las clases e impugnar la tesis de la lucha de clases como motor de la historia.²⁴

Para la teoría marxista, en cambio, no existen grupos externos a las clases, al margen o por encima de ellas. Los criterios políticos e ideológicos no están en la base de divisiones exteriores a la división en clases (económica). Por el contrario, intervienen en la misma diferenciación en clases, y también en las subdivisiones dentro de estas.

No existen para el materialismo “estratos” fuera de las clases y de la estructura de clases. Los conjuntos salariales no productivos (empleados de comercio, bancarios, de servicios, de oficina, etc.), por ejemplo, no son estratos que se sitúan en una posición intermedia entre las clases, y que por lo tanto, no

²³ Portantiero, J. C. (1982). Los escritos políticos de Max Weber: la política como lucha contra el desencantamiento. *Desarrollo Económico*, v. 22, N° 87. Pág. 434. Buenos Aires.

²⁴ No es casual que en su breve introducción al curso de Historia económica general Weber arguya que la historia de todas las sociedades no es –como anuncia El Manifiesto Comunista– la historia de la lucha de clases. Éste no es más que un aspecto de la historia, importante, pero tanto como lo pueden ser otros. Dicho en sus propios términos: “Por último conviene advertir que la historia económica (y de modo pleno la historia de la ‘lucha de clases’) no se identifica, como pretende la concepción materialista de la historia, con la historia total de la cultura. Ésta no es un efluvio, ni una simple función de aquélla; la historia económica representa más bien una subestructura sin cuyo conocimiento no puede imaginarse ciertamente una investigación fecunda de cualquiera de los grandes sectores de la cultura” (Weber, M. (1997). *Historia económica general*. México: Fondo de cultura económica. Pág. 17).

pertenecen a ninguna clase; no son capas intermedias sin adscripción de clase. Pertenecen a una clase específica: la pequeña burguesía, o con más precisión, a una fracción de esta clase, denominada nueva pequeña burguesía.

Las fracciones, capas y categorías sociales -cuya existencia es por supuesto reconocida- designan diferenciaciones dentro de las clases, no categorías capaces de existir fuera de éstas. La burguesía comercial es una parte de la burguesía y la aristocracia obrera es parte de la clase obrera. Es decir, las que hace el marxismo son todas diferenciaciones en el seno de la división en clases.

No se trata siquiera -dice Poulantzas- de sostener que las clases son los grupos “fundamentales” en el proceso histórico, admitiendo la posibilidad de existencia en una coyuntura de otros grupos paralelos y externos:

“La división de la sociedad en clases significa precisamente, desde los puntos de vista a la vez teórico-metodológico y de la realidad social, que el concepto de clase social es pertinente a todos los niveles de análisis: *la división en clases constituye el marco referencial de todo el escalonamiento de las diversificaciones sociales*”.²⁵

En el tratamiento de la cuestión de las “desigualdades sociales” entre grupos o individuos también encontramos diferencias entre las problemáticas bajo examen. Las teorías “funcionalistas” de la estratificación se perfilan directamente como “teorías de la desigualdad social”, pues la estratificación so-

²⁵ Poulantzas, N. (1981). Las clases sociales en el capitalismo actual. México: Siglo veintiuno editores. Pág. 184.

cial alude justamente a las estructuras sistemáticas de la desigualdad, a la desigual distribución de recompensas materiales y simbólicas, o bien a la desigualdad en las probabilidades de vida de los diferentes grupos humanos. En términos generales, la estratificación es entendida -desde este punto de vista- como la distribución desigual de recompensas materiales, poder y prestigio entre los miembros de una sociedad.

Desde el punto de vista marxista, en cambio, la cuestión de las “desigualdades sociales” no es la cuestión primera en el análisis de las clases sociales, ya que estas desigualdades entre grupos o individuos no son más que el efecto, sobre los agentes, de las clases sociales, es decir, de los lugares objetivos que ocupan, y no pueden desaparecer sino por la supresión de la división de la sociedad en clases. De aquí que las desigualdades de ingreso, por ejemplo, sean desestimadas por el marxismo como criterio esencial para la delimitación de las clases. Si bien el nivel de ingresos o la jerarquía de los salarios reviste el valor de un indicio importante de la determinación de clase, no es más que su efecto, constituye el efecto de las barreras de clase, como es el caso también del resto de las desigualdades sociales: el “reparto de los beneficios”, de las recompensas, la imposición, etc.

Y si esas desigualdades no son otra cosa que consecuencias o productos de la estructura de clases, se comprende que la noción de “pobreza” (y todas las que de ésta se derivan), o la distinción entre “ricos” y “pobres”, que remiten a una división en la escala de ingresos, no sean conceptos (en el sentido fuerte del término) que integren el sistema conceptual básico de la teoría marxista. A lo sumo, ésta las puede tomar como nociones descriptivas, como síntomas de una realidad que hay que

explicar, en sus causas y determinaciones.

Todas estas divergencias -entendemos- dan prueba de la discontinuidad de esencia que existe entre ambas problemáticas, aun cuando las formulaciones de algunos de los autores se pretendan sintéticas y equidistantes respecto de las dos grandes fuerzas del campo de batalla teórico: marxismo y “funcionalismo”, “teoría coactiva” y “teoría del consenso”, “teoría del conflicto” y “teoría de la integración”, “radicales” y “conservadores”.

Desde nuestro punto de vista, esa actitud conciliadora y ecléctica se gesta porque el marxismo, al ser una ciencia de carácter necesariamente “conflictual”, provoca lo que Althusser designa como dialéctica “resistencia-crítica-revisión”. Esto significa que suscita no sólo fuertes resistencias, enardecidos ataques y críticas, sino también algo que es más sintomático aún: “intentos de revisión y de anexión”; en otras palabras, apropiación de ciertos elementos para revisar su sentido, para neutralizar “lo que tiene de verdadero y peligroso”.²⁶ Esto depende, no obstante, de la correlación de fuerzas en el campo de batalla teórico: cuando más desventajosa ha sido esa correlación para el materialismo histórico, como en las últimas décadas del siglo XX (como lo señaláramos al comienzo), la crítica pierde sutileza y apunta directamente a “desembarazarse de Marx” y sus incómodos conceptos. •

²⁶ Althusser, L. (1978). Nuevos escritos. Barcelona: Laia. Pág. 111-112.

Bibliografía

- Althusser, L. (1978). Nuevos escritos. Barcelona: Laia.
- Balibar, E. (1984). Cinco ensayos de materialismo histórico. México: Distribuciones Fontamara.
- Balibar, E. y Wallerstein, E. (1988). Raza, nación y clase. Madrid: IEPA-LA.
- Borón, A. (2000). Tras el búho de minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Bourdieu, P. (1990). “Espacio social y génesis de las ‘clases’”. En P. Bourdieu, Sociología y cultura. México: Editorial Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1999). “Espacio social y espacio simbólico”. En P. Bourdieu, “Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción”. Editorial Anagrama. Barcelona. 1999.
- Dahrendorf, R. (1962). Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial. Madrid: Ediciones Rialp.
- Dahrendorf, R. (1966). Sociedad y libertad. Hacia un análisis sociológico de la actualidad. Madrid: Editorial Tecnos.
- Duek, C. (2005). Clases sociales. Teoría marxista y teorías funcionalistas. Buenos Aires: Libronauta Argentina.
- Duek, C. e Inda, G. (2007). “Lectura de Marx: tras el concepto de clases sociales”. Revista Confluencia N° 6. Mendoza.
- Hall, S. (1981). “Lo ‘político’ y lo ‘económico’ en la teoría marxista de las clases” en Allen, Garadiner Hall y otros. Clases y estructura de clases. México: Nuestro Tiempo.
- Laurin-Frenette, N. (1989). Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Madrid: Siglo veintiuno editores.
- Marx, C. (1982). El capital. Crítica de la economía política. Tomo I. México: Fondo de cultura económica.
- Marx, C. y Engels, F. (1972). Correspondencia. Buenos Aires: Editorial Cartago.
- Parsons, T. (1959). “Clases sociales y lucha de clases a la luz de la teoría

sociológica actual”. En Parsons, T. Kornhauser, Lipset y Bendix. Estratificación social. Buenos Aires: Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología, N° 15.

Parsons, T. (1968). La estructura de la acción social II. Madrid: Ediciones Guadarrama.

Portantiero, J. C. (1982). Los escritos políticos de Max Weber: la política como lucha contra el desencantamiento. Desarrollo Económico, v. 22, N° 87. Buenos Aires.

Poulantzas, N. (1981). Las clases sociales en el capitalismo actual. México: Siglo veintiuno editores.

Schumpeter, J. (1965). Imperialismo. Clases sociales. Madrid: Editorial Tecnos.

Weber, M. (1997). Historia económica general. México: Fondo de cultura económica.

Weber, M. (1999). Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva. México: Fondo de cultura económica.

Weber, M. (2003). “El socialismo” en M. Weber, Obras selectas. Buenos Aires: Distal.